

DIARIO



LA PRENSA

Buenos Aires

“EL OTRO”, DE MIGUEL DE UNAMUNO,  
POR LA COMPAÑIA DE LUIS ARATA

Una pieza recia y honda es ésta, estrenada anoche en el teatro San Martín -- Ella pone una nota de calidad en la actual temporada nacional

Un esfuerzo altamente meritorio es el cumplido por la compañía argentina de Luis Arata, al llevar a escena la pieza “El otro”, “misterio” escrito por don Miguel de Unamuno. Es una obra que ofrece enormes obstáculos de interpretación, que requiere atmósfera, sugestión, precisión, estudio, inteligencia interpretativa, y los comediantes argentinos, conducidos por la mano experta de la actriz Lola Membrives, que tuvo a su cargo la dirección de los ensayos, han salido airoso de la dura prueba.

“El otro” es una obra digna del gran pensador español. Toda ella respira una jerarquía, una nobleza, una calidad realmente ponderables, y el discurso es prieto, denso, siempre enjundioso, desprovisto de inútiles galas, diáfano y justo, tal cual convenía por la índole de la producción.

La leyenda bíblica de Caín y Abel ha inspirado a Unamuno y nos da en tono moderado una pieza que acusa el hábito de la tragedia antigua. Dos hermanos, Cosme y Damián, gemelos, son tan idénticos que nada puede diferenciarlos exteriormente. Los dos se han enamorado de una misma mujer y la han conquistado ambos, pues la joven tampoco sabe diferenciarlos en su corazón. La sorda lucha que los hermanos mantienen desde los primeros días de su infancia, lucha de rivalidad, tortura de ser dobles, se enciende en odio ante la mujer, pero la tragedia pasa con la ausencia de uno, Damián, que parte a otras regiones. Cosme se casa con Laura, y Damián poco después también contrae enlace, con Damiana, el contratipo de Laura, la mujer dominadora, la conquistadora, la “queredora y no la querida”, que ansía a Cosme y que reaviva el odio entre los hermanos. Era fatal el crimen y así sucede; uno mata al otro y la conciencia se magnifica en protagonista de la producción. El victimario no puede mirarse en un espejo, porque ve reflejada la imagen del otro, y su angustia, amasada en arrepentimiento, y el odio, extravía su razón, hasta llevarlo a perder el concepto de su propia personalidad. ¿Quién es él? ¿Es Cosme, es Damián? ¿Quién mató a quién? “Abel es malo”, dice el autor. Si Caín no hubiera matado a Abel, Abel hubiera matado a Caín, pero Abel, muerto, se venga penetrando en Caín, y haciéndole arrastra su propia muerte. Ya no sabe quién es, no es ni Cosme ni Damián, es “el otro”, siempre el otro, y es otro para las dos mujeres, que no aciertan a distinguirlo y que pugnan por retenerlo para sí. Surgen los dos caracteres femeninos labrados con vigor y perfilados con nitidez. Laura, la sumisa, la que se deja conquistar, lo desea también con liviana atracción “porque mató por ella”, y porque la acosa el ansia de saber cómo es el otro, la acosa tanto, en su mansedumbre, como la enciende a Damiana, voluptuosa, dominadora. Y el hombre está solo con el terrible problema que le plantea su desvarío mental, ante esas dos mujeres, furias las dos, aun en la mansedumbre de una, ya definitivamente no sabe quién es, ya no podrá ser nunca Cosme o Damián, ya debe ser siempre el otro y su única solución es el suicidio. Nada puede salvarlo, nada puede impedirlo después de la magnífica escena con las dos mujeres. Las dos aman ahora a Caín, sea quien fuere, a Caín, el fuerte, el matador, el que vive. Lo quiere Laura con su pasión sumisa, lo exige Damiana con su voluntad indomable y con la fuerza que le da sentir en su seno una nueva vida, dos quizá, que reproducirán la eterna lucha de Caín y Abel. El otro, Abel en la entraña de Caín, se venga y lo mata.

Todo es vigor, todo es músculo en la obra que hemos conocido anoche. La bruma que envuelve toda la producción, iluminada sólo a ratos en la serena claridad del Ama, ternura de madre, se hace aún más densa en el final. El desdoblamiento de la personalidad, motivo tan grato a Pirandello, juega un papel central en la pieza, y

la personalidad del protagonista, queda en duda. Unamuno no se cuida de esclarecerlo ni atiende tampoco a dar una solución a la obra. No importa por lo demás. Así, nebulosa, en su ambiente de angustia, con su profundidad de abismo, es recia, es intensa, es completa.

Como en toda la obra del pensador español el discurso es sobrio, desnudo de galas, de artificios, y también es siempre enjundioso, profundo, cautivante. Ni un instante puede decaer la atención del auditorio; en cada frase hay un concepto, un pensamiento, una fuerza.

Dura prueba era para los comediantes argentinos llevar a escena esta pieza, y aunque no en su totalidad, los intérpretes han puesto en evidencia tanto sus propias cualidades como la experiencia y la capacidad de Lola Membrives. Arata cumplió un trabajo lleno de méritos, tanto más cuanto que su parte tiene dificultades enormes. Medido, justo, con sobriedad cuando era necesaria, con vigor interior y exterior cuando era oportuno, trasuntó la desgarrante figura del Otro, con intensidad y precisión. Luisa Vehil realiza en la parte de Damiana el mejor trabajo que haya cumplido para la escena. Tanto su entrada en el primer acto, como en la aludida escena del tercero, acusan una calidad superior. Felisa Mary, penetró hasta lo hondo a su personaje y dijo en forma impecable. Berta Gangio, un tanto excesiva en su gesticulación, y F. Martínez Allende y Eduardo González, discretos, completaron el reparto.

Los decorados no convencen en su exageración de formas, como tampoco el servicio escénico.

50-100 (P-3)

P B - 1002



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES